

## Tres cuentos breves

HÉCTOR OCAMPO MARÍN \*

---

### El banquete

Las señoras más ricas y distinguidas del pueblo, jubilosas y detallistas, organizaron, aquel día de la visita del señor obispo, un gran banquete. Allí se sirvió un abundante almuerzo, bajo la enseña discrecional de la más generosa cocina autóctona. Antes de tan dichoso certamen gastronómico con obispo al fondo, Cicerón recuerda muy bien a don Canuto Jara, como improvisado maestro de ceremonias, cuando enseñaba a los principales del pueblo a comportarse correctamente en la mesa ante tan ilustre visitante... Cómo se deben manipular el tenedor y la cuchara, cómo se ha de trinchar, cómo es la buena usanza para servir el agua y tomar el aperitivo, en fin, cómo... tantas cosas.

\*\*\*

Luego y después de una larga espera, se procedió a repartir el gran almuerzo. Muchos platos medio barrocos, pertenecientes a la más valiosa existencia de porcelana de los Jara. Estos fueron colocados con delicada simetría, sobre la bien tendida y larga mesa de cedro tallado.

A la diestra de su eminencia se ubicó don Canuto y su esposa. A todos los concurrentes se les veía sumidos en una no muy cómoda medida, siempre

---

\* Escritor, ensayista, periodista, director del Suplemento Literario de La República, autor de la novela *La ansiedad viaja en buseta*, editada por la Universidad Central.

en dilatado y nervioso silencio, mezcla de respeto y, desde luego, de estiramiento aldeanos por lo de estar participando en semejante y nunca vista comilona tan anunciada.

A una señal de don Canuto, siempre tan urbano y tan formalista en las actuaciones, quiso tomar agua primero, para mostrar desenvoltura y dominio y romper el hielo paralizante. Al efecto, agarró con delicadeza por el asa un jarrón de cristal de Bohemia para llenar su vaso y los vasos vecinos, pero con tan desafortunada maniobra, que el gran recipiente se escapó de sus manos y cayó con estrépito sobre un plato con sancocho caliente, salpicando y decorando de manera infame el traje y el rostro ensombrecido de su señora y, a su excelencia, grasa grosera sobre la esclavina y, a otros vecinos, lo bastante para que un oleaje de rubor consternara y sobrecogiera a toda la concurrencia.

Se levantó la encogida señora de don Canuto, sin perder su gravedad litúrgica. Apartó lo suficiente su silla y con una servilleta ritual, trató de limpiar pero con resultados desastrosos, no sólo su traje albo, sino la sotana de ribetes morados del imperturbable eclesiástico, esta vez, más mudo que de costumbre. La señora procedió de nuevo a sentarse. Y lo hizo con tan mal suceso y peor cálculo que, como no tuvieran cuidado, ni ella, ni su esposo de volver a su sitio la silla, la dama se desplomó en el vacío, no sin antes agarrarse horrorizada de un canto del inmenso mantel de la larga mesa, arrastrando tras de ella, tal carga de vajilla y comida, que no quedó en su puesto cosa buena.

\*\*\*

Consumóse así, a la vista de todos, el peor desastre de etiqueta y de gastronomía parroquiales y municipales de que se tenga noticias en la pacífica historia de este pueblo y de todos los pueblos limítrofes.

Cicerón y don Canuto, nunca podrán liberarse de cierta obsesión esquizofrénica de imágenes revueltas, del almuerzo en aquella malhadada fecha del pueblo y que se sirvió en honor del patriarca. Ni podrán escapar a la convicción segura, de que por culpa de lo ocurrido aquel día, jamás volvió un obispo a su pueblo.

## II

### CÁNDIDO MARRON

Cándido Marrón ha acumulado en el transcurso de su larga vida madrugadora, una millonaria fortuna. Fortuna limpiamente lograda y representada en abultados saldos bancarios en negro, muchas casas de inquilinato y no sé cuántas fincas cafeteras. Todo esto gracias al milagro de su capacidad de aguante y de la discreta abstinencia en todo sentido de su numerosa prole. No obstante tantos haberes, don Cándido luce como un personaje solitario y mezquino.

Pero, en lo que nunca ha sido avaro el viejo y gracias a una inveterada manía, jamás corregida, consiste en darle plata a los médicos, sin reserva, sin medida, sin razones muy precisas. Esto, desde luego, lo ha convertido en paciente de primera clase, lo que es muy importante para la propia supervivencia. El viejo, pues, fue malicioso hasta no más, por eso ha podido vivir tantos años.

Cuando don Cándido siente alguna dolencia, corre donde los médicos de moda. Y éstos se lo pasan unos a otros, con cariño y alegría.

Todos con cierta misteriosa esperanza, como en la cadena milagrosa de la buena suerte.

Un día a esa cadena milagrosa le nacieron nuevos eslabones en la capital. Entonces don Cándido Marrón fue a parar allá, para hacer su peregrinaje por los consultorios de máster en medicina moderna a doctor P.H.D., cardiólogo, dermatólogo, vías respiratorias, rinólogo, vías urinarias, especialista en sida, etcétera.

Mas, la estrella de nuestro millonario calentano empezó a ponerse mustia, cuando en la envolvente cadena de médicos profesores apareció triunfante la figura de un psiquiatra con flamante manicomio particular en las afueras de la populosa urbe sabanera.

Este activísimo especialista, sin necesidad de muchos rodeos y declarándolo loco de remate, con palabras, esto sí, muy sofisticadas y esotéricas, logró aprehender al rural ricacho e internarlo en el Servicio de

Urgencia de su costoso y exclusivo establecimiento de salud mental. Y sólo al cabo de noventa días de continuas averiguaciones, cuando ya los yernos con explicable júbilo lo habían declarado irremediamente muerto, los parientes más cercanos y por virtud de sutiles pistas médicas, descubrieron el paradero de don Cándido, en el lugar tal, donde llevaba meses firmando cheques en blanco, sin que la familia pudiera rescatarlo. Menos, entrar a verlo de cerca, ni hacer contactos con él, ni darle consejos financieros, todo por estricta prescripción facultativa.

Y era de ver al acaudalado paciente, y era de ver a sus herederos resignados a contemplar de lejos al viejo, vivo todavía, allá en una terraza soleada de la distante y blanca casa de la altiplanicie, como un prisionero de guerra, luciendo gafas oscuras y un pijama a rayas violetas, todo programado por largos meses para recibir el sol mañanero sobre su fatigado occipucio.

Pero, allá en su soledad, don Cándido se daba por bien servido. Nunca había sido objeto de una gran cirugía. Aún no había aparecido el cirujano famoso, el que le podría realizar la gran operación de su vida. El cirujano premio Nobel que, lejos del país, le hubiera hecho un exitoso y bien publicitado trasplante de corazón, para poder así, recibir alborozado y vigoroso las fantasías del año dos mil.

### III

#### ASILO ESPECIAL

El viejo Germán Pereira, aquel día desapacible, echaba chispar por todo el cuerpo, por las axilas y los antebrazos en haces relampagueantes que se escapaban por debajo de la camisa beige. Iracundo como un poseso, horas después que la policía logró apresarlo y recluirlo en el Asilo Especial. Era este asilo un refugio para tratamiento de casos fuera de serie: los mayores de ochenta años hiperactivos sexuales, hiperactivos laborales o hiperactivos sentimentales.

Desde luego, este paciente allí estaba lejos de sentirse cómodo un minuto. Se consideraba asilado, lanzado a un espacio distante de su medio natural, tanto como decir, lejos del planeta tierra con sus ciudades abiertas, sus fábricas, sus multitudes sin rumbo.

Hace ya algunas décadas que las normas laborales, sin el menor inciso para contradecir, situaban a hombres como Germán Pereira, fuera del tiempo de vida útil, condenados a una especie de prolongado limbo vital. “Ya no está en edad de prestar ningún servicio”, le decían las muchachas, matando el ojo, las bien colocadas y mejor dotadas, con énfasis los empleadores y jefes de personal. Esto ocurría en las recepciones de activas empresas, donde el viejo se colaba con gran facilidad, gracias a su lustrosa camisa de tonos beige y su bien rasurado rostro triangular.

\_Problemas de la cédula don Germán\_, le recordaban los empleadores en no pocas factorías donde se presentaba buscando la jefatura de algún departamento.

\_Problemas de la cédula, pero no de las células \_ ,y les replicaba con rabia, el viejo.

\_Esté tranquilito, señor Pereira, que es posible que algún día nos sirva de consultor, \_conclufan como no queriendo decir ni adelantar más nada.

Las alegres muchachas metropolitanas, sin embargo, mucho demandaban la consejería del viejo en asuntos intrincados de índole sentimental.

\_Allá va don Germán, llámenlo que tengo que preguntarle una cosa\_ clamaba alguna de ellas, cuando lo veía cruzar afanadísimo por la peatonal de occidente.

En medio de todo esto el viejo estaba en su salsa, tras la ilusión de una labor más estable y productiva, trabajando con obsesivo afán en la búsqueda de un quehacer cotidiano. Conversando con la gente. Convertido en un problema de todo el carajo. Nada le parecía bien hecho. Hacía críticas aquí y diez observaciones más allá. Pretendía planearlo todo y verlo hecho de acuerdo con sus preceptos y patrones de la década de los cuarenta y estamos ahora a fines de siglo, muy próximos a las puertas del año dos mil.

\*\*\*

Todo esto explica con suficiencia las dificultades con don Germán Pereira y el porqué de su reclusión en el Asilo Especial. Iniciativa muy

dura patentada por los agentes del orden. El asilo aludido era una casa de salud para la tercera edad, hiperactiva y enfadosa. Pacientes que nunca fueron un gran número, pero sí un gran problema para la sociedad organizada. Sociedad puesta en marcha bajo normas estrictas y pautas inmodificables que señalan a cada uno, actividades y ciclos específicos de vida útil.

Desde luego que para nadie fue un caso extraño, cuando el viejo Germán Pereira, con sigilo y maestría, le metió candela al susodicho Asilo. Era esta la única fórmula para reconquistar la libertad y regarse de nuevo por el ancho mundo. Pero, antes, contemplar con delectación, desde la glorieta, el furor del incendio y la fuerza de los falos de fuego que violentaban las nubes. Esto, antes de marchar aprisa con las monjitas, y otros dos reclusos hiperactivos. A disfrutar de la vida y de otras muchas cosas que, por la edad, les negaba la gente. Vida y cosas que suelen permanecer ociosas e inéditas en la calle o en las fábricas. Ello, por la ceguedad humana. Por la total ausencia de iniciativa y, sobre todo, de imaginación. De esa imaginación que le sobra a los hombres bien hechos y de buena voluntad, como Germán Pereira.

(\*) Tomado del libro "Cicerón y el Jabalf", próximo a aparecer por iniciativa de la Universidad del Quindío.